

Una nana para Ana

(CUENTO)

MARIA MENENDEZ-PONTE CRUZAT

Ana no había nacido; estaba todavía en la barriguita, mejor dicho barrigota, de su madre. Bueno, la verdad es que no había nacido para los demás, pero sí para ella. Allí, dentro de su mamá se sentía viva: se balanceaba, daba patadas, estiraba sus brazos, se chupaba el dedo... Su padres no sabían que ella era Ana; y es que ni siquiera sabían si era un niño o una niña. Pero sí sabían que estaba llena de fuerza y de vida y que la querían ya como si hubiera nacido. Por la noche les gustaba jugar a adivinar:

—¡Menudas patadas! —decía el padre con su mano puesta en la barriga de la madre—. Seguro que es un chico y quiere ser futbolista.

—¿Es que crees que las niñas no dan patadas? —le recriminaba la mamá—. ¡Mira, mira por donde saca el piecico! Casi me lo clava en las costillas. Apenas tiene ya sitio, ¡ha crecido tanto últimamente...!

—Querrá bailar. ¿Por qué no le ponemos música?

—No, ahora no, que es la hora de dormir. Será mejor que le cante una nana; si no, cuando nazca, querrá pasarse la noche de juerga, razonaba la madre.

Y entre los dos inventaron una nana que su mamá le cantaba todas las noches:

*Seas Ana o seas Miguel
yo mis mimos te daré.
Y tus manos y tus pies
con mil besos llenaré.
Duerme, duerme, duérmete
seas Ana o seas Miguel.*

*Es de noche y no lo sabes
pero yo te lo diré,
con caricas y canciones,
con latir de corazones;
tun, tun-tun, tun-tun, tun-tun:
blanco, rosa, plata, azul;
ding, dang-dong, dang-dong, dang-dong,
mi bebé, nube-algodón;
tun, tun-tun, tun-tun, tun-tun:
ya mamá apagó la luz;
ding, dang-dong, dang-dong, dang-dong,
mi bebé ya se durmió.*

*Seas Ana o seas Miguel
yo mis mimos te daré
y tus manos y tus pies
con mil besos llenaré.
Duerme, duerme, duérmete,
seas Ana o seas Miguel.*

En cuanto la oía, Ana dejaba de dar patadas. Era la voz de su mamá que ella conocía tan bien; una voz dulce y suave que le hacía cosquillas en el oído. A lo mejor, no entendía bien las palabras, pero le gustaban porque eran para ella y porque seguían el ritmo del corazón de su mamá. Al final, se quedaba dormidita. La verdad es que era una suerte tener un corazón con el que poder comunicarse: ella oía el corazón de su mamá y su mamá podía oír el suyo cada vez que el médico le conectaba una especie de radio con la barriga: tun-tun, tun-tun, tun-tun, tun-tun. ¡Qué fuerte sonaba! Ana estaba ya a punto de nacer. Y claro, esa noche, nació.

¡Buaaa, buaaaa!, lloró Ana, sin que nadie le dijera cómo hacerlo. Y es que, de repente, Ana ya no oía el corazón de su mamá, ni se columpiaba en su bolsita. Oía la voz del médico y de las enfermeras, que no conocía, y estaba en un sitio muy extraño. Sólo cuando su mamá la cogió en brazos y volvió a oír su corazón y su voz, se calmó. ¡Pufff qué susto se había pasado!

Desde luego, lo que más le gustaba a Ana en el mundo nuevo en que estaba seguían siendo los brazos de su mamá. Por eso, cada vez que se despertaba de una de sus largas siestas, los reclamaba. Quería sentir su calorcito; bueno, y también avisar a su madre de que sus tripas crujían de hambre.

—¡Cómo duerme, parece un angelito!, decía su mamá en cuanto se volvió a dormir.

Pero eso lo decían sólo de día, porque por las noches Ana no se callaba ni con toda la leche del mundo, ni con agua, ni con manzanilla, ni boca arriba, ni boca abajo... Sus papás ya no sabían lo que hacer.

—Me han dicho las vecinas que hay que dejar que lllore, o será una niña consentida y caprichosa, decía la mamá muy poco convencida.

Y probaban un ratito. Pero claro, la niña era suya y no de las vecinas ni de todos los que daban los consejos; por eso, enseguida, la sacaban de la cuna. Ana se ponía muy contenta y hacía: «aaaaah, aaaaah»; querría decirle a su mamá que le cantara la nana esa que solía cantarle todas las noches cuando estaba en su barriga, y sus papás, nada, que no acababan de entenderle.

—¡Mírala qué tunantal —se reía el papá—. ¡Cómo sabe lo que es bueno!

Y de nuevo a meterla en la cuna, y Ana a llorar... Por fin, a su madre se le encendió un lucécita por dentro y le cantó su nana meciéndola en sus brazos y con el oído de Ana apoyado en el corazón. Antes de acabar la nana ya estaba Ana dormida.

—¡Acertaste con lo que quería!, exclamó el papá encantando de que se acabaran los llantos.

Los siguientes días Ana ya no tuvo que llorar para conseguir que su mamá le cantara; su mamá la iba comprendiendo mejor cada día. Ana no sabía hablar aún, pero querría comunicar muchas cosas que sólo su mamá entendía. ¡Para eso se pasaba el día con ella!